

HUGO SPADAFORA - BAJO LA PIEL DEL HOMBRE

Novela biográfica

© Amir Valle

Aguilar-Santillana, Panamá, 2013

686 Páginas

ISBN: 978-9962-8502-0-5

UN DÍA PERFECTO PARA MORIR

Cuando supo que aquello era la muerte, el adiós, tal vez a su memoria, con esa luz estremecedora de los relámpagos en medio de la tormenta, llegó la sonrisa feliz de Huguito ante sus palabras: “yo voy a vivir ochenta años, nunca lo dudes”, le dijo al niño y lo vio posar la mirada, inquisitiva pero inquieta, en ese espacio del globo terráqueo donde se encontraba África y, más exactamente, ese país llamado Guinea Bissau, del que habían estado hablando durante un buen rato esa tarde.

O quizás volvió a sentir el efluvio cálido de los hermosos ojos de su hija Afrique, cargados con esa complicidad que ella siempre le ofrecía desde su corazón de niña, aquel día en que, en uno de sus viajes a Panamá desde Costa Rica, conducía el auto por Vía España, mientras conversaban sobre tantos y tantos temas, distintos y sencillos, de la vida cotidiana y de la historia y de sus sueños, hasta llegar a ese que tan incómodo lo hacía sentir, de modo que, fingiendo atención en el tráfico, tan molesto a esa hora, la escuchó decir, con una madurez asombrosa, como si creciera en estatura y edad: “No te preocupes, Papá, yo te voy a enseñar a ser cariñoso”, porque apenas minutos antes él le había confesado, en voz baja, sintiéndose incómodo ante la confesión de algo que siempre lo había perseguido como una cruz que debía cargar: “me siento incapaz de ser cariñoso, Contonchita, no sé cómo hacer eso”, le dijo, impotente, con una rabia interior molestísima por no saber cómo sacarse todo ese amor que burbujeaba como lava volcánica, apretándole el pecho hasta casi la asfixia, siempre que estaba con ellos, como le había dicho muchas veces a su esposa Arianne: “Huguín y Afrique son las dos únicas cosas perfectas que he hecho en mi vida”.

Y es posible también que el rostro de Arianne llegara hasta él, un leve fognazo, o repetidas iluminaciones en las que el rostro amado de su esposa calmara ese desgarramiento de la carne y el alma desprendiéndose en el tránsito hacia la muerte, haciéndolo revivir esa alegría de muchacha enamorada que tanto disfrutaba en cada uno de aquellos regresos de la

selva, en los que, además del hambre acumulada y esa costra negra que se le pegaba a la carne de tanto sol y tanta lluvia y tanto sudor, y además de las garrapatas y las heridas en la piel y las picaduras de los mosquitos, cargaba al hombro un saco de yute que lo hacía parecer un pordiosero y, allá en su interior, cargaba también con el deseo de llenar su espíritu con esa intensidad de vida que ella irradiaba cuando estaban juntos, y pasaba todo el camino imaginando su cara de sorpresa al verlo a través del ventanillo de la entrada y sus gritos de alegría y luego sus besos y sus mimos y ese apacible remanso de su cuerpo, en el que se hundía como en las aguas más cálidas, cristalinas y seductoras del universo.

Esa misma mañana, cerca de las ocho, había salido de su casa en San Francisco de Calle Blancos, del Centro Comercial El Pueblo, cien metros al este y cien al sur, en San José. Llevaba camiseta de seda, con rayas horizontales finas, pantalón color café y zapatos tipo mocasín, y la *jacket* marca Wrangler gris, de botones metálicos, que tanto le gustaba.

Era 13 de septiembre de 1985.

Viernes 13.

Y aunque su primera esposa, María Elena, y algunos otros amigos se pasaban la vida burlándose por esa ingenuidad con la que, al menos en un primer momento, aceptaba cualquier historia de magias y conjuros y maldiciones, no pensó siquiera que había escogido para viajar un día que las creencias populares designaban como maldito. De haberse dado cuenta, seguramente habría cambiado la fecha del viaje, porque años atrás, cuando uno de sus amigos le dijo: “tú deberías ser masón, tienes el alma noble y desprendida que debe tener todo masón”, le contestó: “yo no necesito pertenecer a ninguna sociedad para hacer lo que siempre he hecho: el bien”, pero se puso a buscar información y encontró que el surgimiento de la masonería tenía bastante que ver con una fecha específica, una fecha maldita: el viernes 13 de octubre de 1307, día en que la orden de los Caballeros Templarios, por entonces ya con demasiado poder para el gusto de la Iglesia Católica, fueron arrestados, asesinados o condenados a la hoguera por la Inquisición, supuestamente por los delitos de reunirse en secreto para hacer celebraciones paganas, practicar la herejía y la actividad homosexual. Muchos caballeros lograron salvarse de la matanza y se llevaron consigo secretos que, además de especulaciones de todo tipo, les hizo asumir una filosofía que derivó en la creación de sociedades como los Masones y los Rosacruces.

Supo entonces también que esa fue como la gota que le faltaba a la copa para que se desbordara a nivel universal una creencia que otorgaba al número trece un ámbito maligno, demoníaco: en la Última Cena de Jesucristo, trece habían sido los comensales y ya se sabe cómo terminó aquello; la Cábala menciona a trece espíritus malignos, igual que son trece los enviados del mal en las leyendas nórdicas; el capítulo trece del

Apocalipsis habla del anticristo y la bestia, y, por si fuera poco, el Tarot marca el trece como referencia a la muerte.

Quizás estaba marcado: “viernes 13, un día perfecto para morir”, podrían pensar sus enemigos, pero él no lo supo, o ya no le importaba o, como decía siempre que alguien le preguntaba: “si muero, será en combate, destrozado por una bala, igual que han muerto otros ante mis ojos”. Pero el jueves 12, cuando apenas hacían dos semanas de su último viaje a Panamá, se levantó temprano como cada día, ojeó el periódico leyendo solamente aquellas noticias que le hacían sentirse medianamente informado, buscando casi siempre asuntos relacionados con las guerrillas en Centroamérica o con Panamá, y luego hizo un poco de gimnasia y sus ejercicios de yoga.

Arianne despertó poco después.

— ¿Sabes? — le dijo él — Es raro... me desperté con una sensación muy fuerte de que algo muy, pero muy grave va a pasar en Panamá y es muy importante que yo esté allí.

— ¿Qué tan importante puede pasar? — quiso saber ella.

— No sé — contestó él —. Ya te digo: es una sensación rara, pero como real. Quizás tenga que ver con Noriega, con su caída.

Pero lo único que le quedaba claro, como si alguien se lo estuviera repitiendo una y otra vez desde su propia sangre, o desde sus entrañas o sus huesos, era que él tenía que estar allí, en Panamá, cuando sucediera lo que iba a suceder.

— Si tienes que estar, pues ve — le dijo Arianne, aunque la verdad era que no le hacía nada de gracia que Hugo, que apenas llevaba unos días en San José, volviera a irse. Por eso aceptó, apenas sin chistar, cuando le oyó decir:

— Pues prepara todo — y había en su voz esa fuerza que él le ponía a las palabras cuando daba las cosas por hechas — te vas conmigo.

Aquellos viajes eran una verdadera odisea, como un juego de espías. Y quizás por esa razón siempre que rememoraban o contaban a otros amigos esas idas y venidas entre Costa Rica y Panamá, disfrutaban como niños que cuentan una travesura y ambos estaban convencidos de que aquellas experiencias hacían su relación aún más apasionante y convertían su amor en algo nada común, en algo especial.

Normalmente, iban en avión desde San José hasta Coto 47 y de allí en taxi hasta la frontera. Ella pasaba por Migración, como hacían otras personas por razones de trabajo o turismo, entre tanto él, que por cuestiones obvias de protección necesitaba moverse en cierta ilegalidad migratoria, se colaba por otro lado (era relativamente fácil hacerlo y, además, ya Hugo se había convertido en un especialista en aquellas incursiones) y luego se encontraban en algún sitio, ya en territorio

panameño, desde donde tomaban un bus hacia Chitré o hacia la Ciudad de Panamá, en dependencia de las gestiones que él había planificado.

— Te vas en avión esta vez — le dijo Hugo, y ella se asombró.

— ¿No es mejor que vayamos juntos, como otras veces? — replicó ella, aunque la idea no le disgustaba mucho: esa vez no se sentía con fuerzas para volver a vivir toda la tensión de aquellas entradas clandestinas a Panamá.

— No vale la pena que estés pasando tanto trabajo — le oyó decir mientras lo veía vestirse —. Tu avión llega a Tocumen a las doce. Te estaré esperando en el aeropuerto y de allí nos vamos al apartamento que tiene papá en casa de la hermana de su esposa Stella.

Aquello también le extrañó, especialmente porque en el tono con el que Hugo pronunció las palabras había algo de evasión, de ligereza premeditada, como si supiera que ella preguntaría algo que lo haría sentir incómodo. Y era lógico: hasta ese momento, en cada uno de los viajes a Panamá, Arianne y Hugo se quedaban en casa de Abdiel Juliao, amigo de Hugo desde su infancia y una de las personas por las cuáles él sentía mayor cariño.

— Siempre nos hemos quedado en casa de Abdiel — dijo ella, intrigada. — ¿Por qué no vamos a ir con él esta vez?

— No vamos a ir más a casa de Abdiel — contestó él, con una sequedad que le hizo saber a Arianne que no debía insistir y por eso aceptó en silencio el papel con el número de teléfono del apartamento adonde irían una vez que estuvieran en Panamá —. Ahí tienes el número por cualquier cosa.

Le dijo que antes de irse quería pasar a ver a Julio Ordoñez, el dueño de la imprenta que publicaría su nuevo libro, “porque la esposa de Julio me ha dicho que quiere revisar las planas del libro conmigo”, y que esperaba que no tuvieran que hacerle muchos arreglos a la edición.

También ese jueves lo escuchó hablar por teléfono con alguien en inglés. “¿Por qué Hugo, sabiendo que la gente de Noriega no le pierde pie ni pisada, tiene que decirle a todo el mundo lo que va a hacer?”, le preguntó Elfrida cuando ya Hugo no estaba en casa. “Yo le he dicho que no puede confiar en nadie, Membri”, contestó ella, “pero ya usted sabe cómo es él”, porque tampoco comprendía aquella transparencia de Hugo hacia todas las personas, incluso sabiendo que Noriega había intentado pagar a un amigo cercano para que lo matara tal como le había contado él mismo: “en noviembre del 84 le ofreció cinco mil dólares, en enero de este año le volvió a pedir que me quitara del medio y le ofreció diez mil dólares”, y que la última vez le habían prometido darle la nacionalidad panameña y tenerlo bien protegido en Panamá si cumplía el encargo.

— Y aún así él va por ahí diciéndole a cualquiera lo que piensa a hacer, mi'ja — agregó Elfrida esa vez —. Yo estaba acostada en mi cuarto y lo oí decirle a ese hombre que mañana se iba para Panamá. Y le dijo hasta la hora en que se iba. ¿No es de locos?

— Ese debe ser el hombre que él conoce en la DEA, Membri — dijo Arianne a su madre, a quien todos en la familia llamaban, cariñosamente, “Membri” —. Pero no se preocupe, además de ese señor, sobre ese viaje sólo sabrá Risa porque Felipe está en Miami. Espero que no se lo haya contado a nadie más.

Y aunque a ella en los últimos tiempos le había comenzado a fallar la fe que llegó a tener en la amistad del cubano Felipe Vidal y Hugo, porque había muchas cosas de aquel hombre que a ella le hacían sonar esas alarmas de sospecha que la convivencia con un guerrillero como Hugo le había instalado en su olfato de mujer, sí tenía muchas pruebas de la fidelidad de aquel panameño a quien todos llamaban Risa, quizás porque sonaba mucho mejor que su nombre real: Victoriano Morales. En cualquier caso, pensó, no valía la pena volver a caerle a Hugo con la cantaleta de que se cuidara pues ya sabía la respuesta: “yo tengo más miedo de que Noriega me mate aquí, o en Nicaragua, como ya lo ha intentado hacer. En Panamá yo me siento seguro porque si me mata allá todo el mundo va a saber que fue él o por órdenes de él”, le había dicho en una de esas tantas ocasiones en que ella le hizo ver que, en su situación particular: el odio visceral que Noriega manifestaba privada y públicamente contra él, era demasiado ingenuo confiar en cualquiera.

No podía negar que aquello la preocupaba y que, cuando Hugo viajaba solo, no lograba dormir tranquila pensando lo peor, aunque hasta donde recordaba en esos malos sueños, en esos malos pensamientos la muerte no aparecía por ningún lado. Aún así respiró tranquila, casi eufórica, semanas atrás cuando le escuchó decir: “Ya es hora de que deje mi lucha en Nicaragua y me vaya a Panamá. Allá soy más necesario. Y en definitiva, ya la gente que formé: Vidal, Risa, son capaces de asumir solos la responsabilidad de la Brigada Bolivariana y algo me dice que yo puedo ayudarlos mucho más desde allá”.

— Mucha gente me ha dicho lo mismo, Hugo — afirmó ella —. Todos se preguntan qué haces combatiendo en una guerra que no es tuya, en una guerra por la que has dado ya de más y no dedicas tus fuerzas a Panamá, que lo necesita mucho en estos momentos.

— Pues a lo mejor tienen razón — aceptó Hugo —. Pero nadie entiende que yo siento culpa, que me siento responsable de haber llevado al poder a quienes han convertido a Nicaragua en una dictadura comunista, que yo fui uno de los que llevaron a los nueve al poder y es mi deber hacer todo por bajarlos de donde yo, junto a otros, los coloqué creyendo que ellos querían hacer de Nicaragua una nación democrática.

— Panamá te necesita más ahora, vos lo sabés. Aquello es un caos — insistió ella —. Y como vos mismo has dicho: toda esta lucha te ha servido para ganar la experiencia necesaria para evitar que el derramamiento de sangre llegue a Panamá.

En algún rincón perdido de su cerebro Arianne sentía también el eco repetido de una voz que le decía que estando Hugo en Panamá corría menos peligro: allá era ídolo popular, alguien muy respetado, conocido por su

propia vida pública como Viceministro en los tiempos del General Omar Torrijos y por la casi mítica figura de su padre, Don Carmelo Spadafora, a quien la mayoría de los panameños consideraba uno de los políticos más honestos y queridos en la historia del país, a pesar de que su accionar como político se había restringido sólo a la provincia de Herrera.

Se alegraba por cada una de las gestiones que, para garantizar su regreso a Panamá, hizo Hugo en los últimos meses, especialmente en su viaje de agosto de ese año, 1985: había establecido contactos para que ella pudiera seguir estudiando su carrera en una universidad allá, en la Ciudad de Panamá; había hablado con algunos amigos para que lo ayudaran a comprarse un carro y tenía contratado a un agente inmobiliario encargado de buscarles un apartamento.

— Sí, creo que ya es hora de lanzarse a fondo — le había dicho él por esos días —. No pienso dejar que Noriega domine totalmente el país, y ya le falta poco para lograrlo. Con las pruebas que tengo basta y sobra para sacarlo del poder.